

VAN THUAN
LIBRE ENTRE REJAS

Teresa Gutiérrez de Cabiedes

VAN
THUAN
LIBRE ENTRE REJAS



Ciudad Nueva

© Teresa Gutiérrez de Cabiedes

© 2016, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico:
Antonio Santos

ISBN: 978-84-9715-352-2
Depósito Legal: M-24.679-2016

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

A Elisabeth Hiep, madre de F. X. Nguyen Van Thuan,
que alumbró y alimentó a un testigo de esperanza,
regalo para la humanidad.

A Francisco Pérez González
y a todos los amigos de Van Thuan,
que no se cansan de contar esta historia real
contagiando paz a muchos corazones.

A los condenados a muerte por su fe;
a todos los que, siendo inocentes,
son perseguidos por la justicia.

A mi marido, Hervé, y a mi hijo, Giuseppe,
que me han prestado la tinta y la pluma
para vivir y narrar este relato.

1. Apresado

Muchas veces había imaginado cómo reaccionaría si lo intentaban asesinar. El momento había llegado; y lo abrumaba la situación. Se veía subido en un carrusel descontrolado: oscilaba entre el vértigo y el deseo de valentía.

Los hechos habían sucedido sin tiempo para digerirlos. Cada acción atropellaba a la siguiente. Los soldados los rodearon y los obligaron a seguirlos. Nada más subir las escaleras del palacio presidencial les invadió un caos de miradas nerviosas. Varios oficiales hablaban a la vez y proferían órdenes contradictorias.

Le aterraba no ser digno de su apellido y, al mismo tiempo, deseaba no traicionar a una dinastía que tantas veces había sido fiel hasta derramar la sangre: durante siglos nadie de su estirpe había vacilado en perder la vida para preservar sus creencias o para defender al país de un veneno invasor.

Instintivamente, Thuan se zambulló en lo más hondo de las pupilas de Binh. La mirada del anciano reventó en una cascada de paz.

Por un instante, todo pareció enmudecer; solo se oían los disparos de las cámaras de los fotógrafos, como tambores antes de una batalla.

–Pon buena cara –farfulló un oficial–. Esa sonrisita se te va a borrar pronto.

Thuan no lograba comprender para qué querrían tanta documentación gráfica del momento en el que era detenido. Quizás se tratara de una maniobra de distracción: aún no estaba esposado, conservaba sus ropas intactas y el rostro saludable. Se alegró imaginando que alguna de aquellas fotos llegaba a sus amigos, a su madre y a sus hermanos: una última imagen sin huella alguna de tortura.

Binh y Thuan caminaban casi al tiempo, a pesar de que el primero tenía muchos más años. Sus pies sonaban en el piso de mármol como si estuvieran lastrados. No podían hablarse pero intentaban unirse al ritmo de las pisadas.

A lo largo del pasillo tropezaron con rostros contraídos, algunos de ellos jovencísimos, como un desfile de máscaras. Aquel edificio majestuoso, perfecto en sus diseños geométricos, estaba perforado por todas partes, con muchas ventanas reventadas y picos de cristal cortante desafiando al viento. En la escalinata de ascenso al corazón del edificio había una bandera de Estados Unidos completamente agujereada: como la diana de una verbena popular en la que hubieran descargado los restos de algunos fusiles, jugando a medir la puntería.

Thuan deseó intensamente abrazar a su compañero. Durante las últimas semanas, Binh había sido para él un maestro espiritual y un ángel consolador. Hacía solo dos horas habían dado su último paseo por el jardín de la casa donde le prestaba alojamiento a Thuan.

—Aún estás a tiempo de esconderte —le había suplicado casi con voz paternal.

—No quiero desertar y abandonar a los míos. Mi historia solo tiene sentido aquí, ayudándote y, si es necesario... dando

mi vida –le había interrumpido, antes de concluir con firmeza–: ¿De qué me sirve conservar la vida si no cumplo la misión para la que he nacido?

Juntos habían repasado los acontecimientos de los últimos meses: los últimos coletazos de una guerra civil que azotó Vietnam durante más de dos décadas, la toma del poder del Partido Comunista, las amenazas constantes a todos los disconformes con el régimen, la expropiación de bienes, los intentos de presión para que ellos también cedieran y ondearan la bandera del nuevo gobierno. Y en mitad de aquella sangría histórica, dos millones de muertos, cientos de miles de desplazados, una hambruna devastadora y un futuro amenazador.

La policía secreta hizo una señal que no admitía equívocos. El pasillo se bifurcaba. Se miraron por última vez.

–Adiós, Binh. Cuando volvamos a vernos, ¿habrá crecido mucho el bonsái que me regalaste? –Thuan intentó consolar al anciano, casi bisbiseando.

Pero Binh tenía un nudo en la garganta que le ahogó la voz. Sin embargo, su mirada llena de dulzura atravesó los ojos de Thuan y dejó el último abrazo de paz en lo más profundo de su ser. Después se llevó la mano al bolsillo, interpeándolo con ese gesto. Thuan también acarició disimuladamente su bolsillo y esbozó una sonrisa leve, con la que confirmaba el mensaje cifrado.

El detenido sintió que lo fagocitaban las entrañas del Gobierno. Varios empujones lo hicieron avanzar hacia la sala para ser interrogado. Un estruendo confirmó que el pasado quedaba precintado tras dos puertas, inmensas y pesadas, que acababan de cerrarse.

2. Interrogantes sordos

El despacho presidencial era majestuoso. Había por lo menos veinte oficiales del gobierno. Thuan intentó leer sus miradas, pero solo encontró rostros compactados en una mueca de odio. Uno de ellos, orgulloso de haber tomado posesión de la mesa gigante de madera noble, aguardaba erguido como un rey recién coronado.

–General Tu Ha, responsable de Seguridad Pública y del Departamento de Juventud del Gobierno –se presentó a sí mismo, claramente contento de oírse pero hablando al aire, como si delante de sí tuviera un mueble y no un hombre detenido.

Se hizo un silencio espeso solo interrumpido por el vuelo de un moscardón que surcaba el ambiente sofocante del despacho.

–Nguyen Van Thuan –prosiguió, solemnemente, el oficial–, te hemos mandado traer por causar problemas al Gobierno del pueblo soberano de Vietnam. Se te acusa de propaganda imperialista y de ser un infiltrado de potencias extranjeras –espetó sin apenas respirar, como si interpretara magníficamente un guión.

–Lo último que quiero es traicionar a mi país, para el que he vivido y para el que deseo seguir viviendo... –Thuan se atragantó con su propia saliva– ...con todas mis fuerzas.